

ARABISMO, PETROLEO Y GRANDES POTENCIAS EN LA TENSION ACTUAL DE ARABIA

En la evolución internacional general de los países y los territorios de lengua árabe durante la segunda mitad del pasado año de 1966, el hecho principal fue, sin duda, la ruptura brusca del sistema de las «Conferencias cumbres» de los jefes de Estados árabigos. Cuando esas conferencias se iniciaron en 1964, se consideró que representaban en cierto modo la fijación y consagración del sistema del panarabismo político, que iniciado dentro de la última etapa del Imperio de los sultanes turcos, se había concretado en una confluencia de nacionalismos paralelos entre las dos guerras mundiales; y desde 1945 tomó una forma permanente articulada, en el sistema de la Liga Árabe de El Cairo. Primero como coordinación de los Estados ya independientes, y luego de los que iban accediendo a nuevas independencias, la Liga tendía a crear en el Próximo Oriente un sistema de armazón que reemplazase al de los antiguos jalifatos de expresión árabe (aunque en formas civiles, no religiosas). Al haber sido después reconocida por la O.N.U. como un instrumento de cooperación suya, en calidad de «Organización Regional», la Liga Árabe pudo haber considerado completa su misión si no hubiese sido por los fallos inesperados de la creación de Israel y el auge petrolífero.

Lo primero fue un fenómeno hostil y negativo, porque clavó la cuña de un Estadillo artificial (impuesto forzosamente por presión de las grandes potencias) dentro del cuerpo físico central de los países árabo-orientales. En cuanto a lo segundo, el hecho de que el Iraq, Arabia Saudita y otros sectores del golfo, tales como Kuwait y Bahrain, hayan llegado a constituir la más considerable reserva de la producción petrolífera mundial, ha servido para producir grandes ingresos monetarios a los gobernantes locales, pero a la vez ha roto dentro de aquel lado del Mediterráneo oriental, la mayor parte

de los equilibrios políticos antes iniciados. Además ha aumentado la presión de los grandes poderes mundiales sobre unas regiones que geográficamente les eran ajenas; y ha frenado en algunos aspectos las posibilidades de que las planificaciones económico-sociales se hagan en beneficio de los pueblos árabes y de su solidaridad moral. Por otra parte, los dos problemas de Israel y el petróleo se unen desde que ambos tienen sus principales puntos de apoyo en sectores semejantes, como los de las supervivencias de los empeños británicos de hegemonía navales y la otra supervivencia de los sistemas locales orientales a base de «feudales» y «notables».

Las conferencias cumbres árabes que entre 1964 y 1965 se celebraron sucesivamente en El Cairo, Alejandría y Casablanca fueron intentos de vencer las dificultades desde arriba; es decir, no afrontándolas de golpe, sino superándolas por un interés común, que era el del pueblo árabe-palestínés. Como las decisiones adoptadas por unanimidad se quedaron en textos escritos y fórmulas verbales (sin aplicarse efectivamente nada de lo del Mando Común, apoyo a la entidad palestinesa, etc.), no fue extraño que la cuarta conferencia, prevista desde el verano de 1966, quedase suspendida indefinidamente. Las diferencias de criterio hicieron que entonces quedase fijada la grieta entre los Estados árabes que han sido llamados «feudalistas» (alrededor de Arabia Saudita), los «progresistas» (principalmente alrededor de la R. A. U., Siria e Iraq) y los componedores moderados, entre los cuales se han esforzado en figurar el Líbano, Marruecos y a veces Kuwait. En cuanto a la Tunicia de Burguiba, ya se sabe que se ha quedado apartada de todos.

Desde los primeros meses del corriente 1967, todas las tensiones y todas las contradicciones del sistema interárábigo después de cesar las «cumbres» se han centrado sobre Arabia. A ello se ha unido la rápida extensión del dramatismo político en los territorios de Arabia del Sur, sobre todo en Aden, donde corre la sangre desde que el mando militar colonial británico suspendió la Constitución y depuso al Gobierno parcialmente autónomo de Abdel Kawi Makkauí, Secretario general del Frente de Liberación y político de antecedentes bastante moderados. La muerte de los tres hijos de Mekkauí por medio de la dinamita, el 27 de febrero, ha extendido al máximo la agitación popular en Aden y en la «Federación» de los principados ocupados.

Tanto el predominio de la violencia en Aden, con incendios, barricadas y represiones de las tropas inglesas, como la difusión de estos sucesos en las reseñas de la prensa diaria de los países de Europa occidental, han hecho que los otros sectores de crisis y problemas en el Oriente árábigo parezcan ser

(vistos desde lejos) sólo actualidades sueltas y episódicas. Así, por ejemplo, la evolución de la situación interna en Jordania después del cambio de Gobierno; la solución de las divergencias de criterio que había entre el Gobierno de Damasco y la Iraq Petroleum Company respecto al pago de derechos de tránsito petrolífero; los incidentes en las fronteras sauditas-yemenitas; el resultado de las elecciones en Kuwait; la destitución del Chej de Abu-Dhabi; la próxima reunión del Consejo de Defensa (militar) de la Liga Arabe; la reunión del Consejo Político de la misma Liga, y hasta el Congreso general de abogados de países árabigos, que tuvo lugar en la capital de Egipto.

En el diario de El Cairo *Al Ahrám*, que es sin duda el más conocido de la R. A. U. y de todo Oriente Medio, su Director Mohamed Hassanein Heykal publicó el 17 de febrero un minucioso y extenso artículo, que ha sido después reproducido y comentado en publicaciones próximo-orientales de diferentes idiomas, sobre todo como intento de encuadramiento y agrupación de los fenómenos árabes del momento. Hassanein Heykal compara el actual problema-eje de Arabia del Sur con un «puzzle», recordando que este juego de paciencia se compone de un gran número de fragmentos recortados sin relación aparente, y que se trata de reunirlos con paciencia para encontrar una imagen claramente completa. Pero para la política interarábiga el ensayo de agrupar los pedacitos no es un juego ni una competición, sino la que Heykal llama «necesidad vital».

El punto clave consiste en que sobre Oriente árabe gravitan ahora unas acciones semejantes a las que en algunos puntos de Africa negra se han planteado al sustituir las normas «coloniales» impuestas desde fuera, por otras normas «neocoloniales» a base de sectores de «satélites» autóctonos desde dentro. Gran Bretaña utilizó con éxito un sistema análogo cuando gobernaba indirectamente grandes zonas indias con «rajas» «nizams» y otros príncipes, o en el Egipto del tiempo de los últimos «jediwes». Si ahora quiere hacer algo análogo con principillos como los del golfo pérsico o la «Federación» de Aden es porque la protección de la libra esterlina obliga a Londres a suprimir gastos exteriores excesivos, como los que le ocasiona el sostenimiento de las bases aeronavales al este de Suez. Existe, además, el compromiso contraído por Londres en la O. N. U. de evacuar Aden antes de 1968. Pero a la vez Gran Bretaña quiere conservar la mayor parte de sus influencias en las regiones peninsulares de Arabia, sobre el Mar Rojo y el golfo pérsico-arábigo, no sólo por un empeño tozudo de prestigio (como en Gibraltar), sino por sus participaciones en las explotaciones de los petróleos árabes y persas. En realidad, si Inglaterra perdiese hoy los accesos al petróleo próximo-oriental, perdería el

mayor pilar de apoyo de la libra esterlina y parte de sus posibilidades de actuar dentro del Mercado Común europeo.

Los sucesos de Aden-ciudad y Aden-federación, en enero, febrero y marzo han de interpretarse sobre todo respecto al doble empeño británico de irse y quedarse a la vez.

Hasta el año 1959, la plaza de Aden, que era colonia militar británica, estaba contigua al llamado «Aden occidental» y al «Aden oriental», ambas agrupaciones de pequeños cheijatos y emiratos minúsculos, bajo protectorado inglés indirecto. En febrero del referido 1959, catorce de los Estadillos que coexistían en Aden occidental fueron agrupados en una llamada «Federación de los emiratos árabes del Sur». En abril de 1962 tomó el nuevo nombre de «Federación de Arabia meridional», y fue dotada de un Consejo central, que componían funcionarios ingleses y los «soberanos» de los Estadillos. En enero de 1963 se dispuso que la excolonia de Aden pasase a juntarse con la Federación (así como otro principadillo, el de Wahidi). Esta decisión provocó en la ciudad de Aden una protesta general, dirigida por los sindicalistas de Abdullah el Asnag, quien pedía que el futuro de Aden y los principados juntos fuese decidido por un referéndum general del pueblo de ambos territorios. El Gobierno inglés reprimió aquella protesta. En junio de 1964 fracasó la Conferencia Constitucional convocada en Londres para definir el porvenir de Aden y la «Federación», precisamente porque el Ministro de Colonias de la Commonwealth, Duncan Sandys, hizo saber que fuese cual fuese el resultado, Inglaterra nunca dejaría su base aeronaval de Aden.

El Presidente del Grupo de Delegados de la Federación en la Conferencia de Londres era el Sultán de Fadeli, que pidió la autodeterminación y derecho de independencia plena para el pueblo de Arabia del Sur, conforme a las orientaciones de la O. N. U. Como el Sultán fue destituido por Gran Bretaña, estallaron desórdenes en su principado. Entonces los ingleses prohibieron entrar en Arabia del Sur a un Subcomité de cinco miembros de las Naciones Unidas, que hubo de limitarse a informar desde El Cairo. En su informe a la O. N. U. dijeron que se pidiese a Gran Bretaña «conceder la autodeterminación completa a Aden, como prólogo a la independencia completa», y que se estableciese en Aden «una presencia de las Naciones Unidas», para garantizar unas elecciones libres.

En 1965 había en la colonia de Aden un Gobierno local provisional, presidido por el moderado Abdel Kawi Makkawi, el cual fue a Londres en agosto para pedir que se aplicasen las resoluciones tomadas por la O. N. U. en 1963

(respecto a un derecho general de autodeterminación) antes de que se convocase ninguna nueva conferencia constitucional para unir Aden a los protectorados. No obtuvo respuesta satisfactoria, aunque en enero anterior se había dicho en Londres que la independencia se daría antes del 1 de julio de 1967.

Después de que, respecto a Aden, todo 1966 fue realmente un año vacío, al cumplirse el 19 de enero de 1967, el 128.º aniversario de la ocupación de Aden por Gran Bretaña, hubo una serie de manifestaciones callejeras de protesta. El 11 de febrero, fue el octavo aniversario de la Creación de la «Federación», y el pueblo de Aden se amotinó con choques sangrientos contra las tropas inglesas. Los disturbios y la represión duraron hasta el 14. Hubo casi un centenar de víctimas y mil detenidos, además de que el puerto quedó paralizado. Pero el mayor efecto de los sucesos de Aden sobre la posición general de Arabia en Oriente Medio fue que desde el día 15 las autoridades de El Cairo prohibieron toda clase de vuelos militares británicos sobre territorios de la República Árabe Unida. En efecto, los aviones que iban en tránsito desde Londres a Aden solían aterrizar para repostar en los aeropuertos egipcios.

Una nueva intervención de la O. N. U. se preparó entonces, a tiempo de encauzar la dramática tensión de Arabia, volviéndola a la trayectoria de la aplicación de las anteriores resoluciones de la Asamblea General (siempre reconocidas por Gran Bretaña, pero nunca facilitadas en la ejecución). El jueves 23 del mismo febrero, el Secretario general, U Thant designó los miembros de una Comisión especial para ir a Aden y la Federación a estudiar «la evolución política del territorio y prever la participación de las Naciones Unidas en la preparación de las elecciones». La formación de dicha Comisión había sido decidida por la Asamblea General en noviembre. Como Presidente fue designado el representante permanente de Venezuela en la O. N. U., don Manuel Pérez Guerrero.

A la mitad de marzo se esperaba y se temía la llegada de la referida Comisión a Arabia del Sur, en vista de que el principal portavoz de la «resistencia» nacionalista local (es decir, el «Frente de liberación del Sur ocupado») alentaba a los habitantes a que la llegada fuese la señal de una huelga simbólica, para demostrar la voluntad popular de independencia y unificación.

La palabra «unificación» quiere exactamente decir que en el caso de que los habitantes de Aden y los principadillos voten en mayoría por la emancipación completa, ésta podría ser seguida (o acompañada) de una petición de que la «Federación» pase a incorporarse al Yemen republicano. Sobre esto se cita el antecedente de que dentro de Aden-ciudad, entre sus 230.000 habi-

tantes, son nativos del Yemen más de 48.000. También es un dato interesante el de que desde comienzos del año actual, grupos de soldados y policías pertenecientes a las fuerzas árabes auxiliares que los británicos tienen en los sultanatos huyen cuando pueden al Yemen republicano. Por ejemplo, el 6 de marzo, quince soldados y un oficial, pertenecientes a la guardia personal del Sultán de Lachegg, escaparon a la yemenita Taz, o sea la ciudad donde se ha instalado el Jefe político de Aden, Abdel Kawi Mekkaui.

Desde Londres, en la primera decena de marzo, eran varios los órganos de prensa que se mostraban pesimistas. En el *Sunday Times* se decía que la pausa de calma en Aden era sólo una tregua, y que por eso varios funcionarios coloniales habían dimitido de sus puestos, mientras sus familias se preparaban para regresar al Reino Unido. En el *Observer* se subraya que la política oficial británica en Aden ha de considerarse saldada por un fracaso, del cual podía considerarse como principal responsable al ex Ministro de Colonias, Duncan Sandys, a cuya iniciativa se debió la creación de una «Federación Sudarábica», que hasta la fecha no ha conseguido tener ninguna base popular. En cuanto al *Times*, una breve nota (aparecida en enero en un rincón bajo de una página) evocaba la posible conveniencia y utilidad de una reanudación de relaciones diplomáticas entre Londres y El Cairo.

Los párrafos que el Presidente de la R. A. U., Gamal Abdel Nasser, dedicó a Arabia del Sur en el discurso pronunciado con motivo de la fiesta de la Unión Árabe, el 23 de febrero, no dejaban suponer que estuviese próxima ninguna coincidencia de puntos de vista entre Egipto y Gran Bretaña; Abdel Nasser atacó a Inglaterra, tanto contra su plan de que el Gobierno federal de la Federación sea sólo un satélite neo-colonial, como por el apoyo que Gran Bretaña presta a todos los enemigos del régimen yemenita popular que preside el mariscal Sallal.

Abdel Nasser cuenta ahora a su favor con la alarma que en varios sectores árabes, hasta ahora ajenos a las divergencias de los gobernantes de El Cairo con el Rey Faysal de Arabia, causan las conexiones entre éste, los poderes coloniales ingleses y el Shah de Persia, al cual se atribuye el plan de absorber los pequeños países petrolíferos árabes del golfo pérsico. Se dice también que Faysal favorecerá los planes británicos de hacer en el golfo su principal base aeronaval del Oriente, a cambio de una compensación territorial que pudiera ser la absorción dentro de Arabia Saudita del actual Hadramaut (es decir, el ex Aden oriental). Hay, además, presiones indirectas de los gobernantes de Riad sobre el Líbano, para obligarle a entrar en alianza con Arabia (al menos

según ha dicho en Beirut el Diputado Kamal Yumblat, Jefe del llamado Frente Libanés de las Organizaciones Progresistas). En el Sudán, donde se cree que la continuación de la hegemonía inglesa en la otra orilla del Mar Rojo perjudica los intereses sudaneses, los jefes responsables de Jartum se entrevistaron con el Jefe nacionalista de Aden, Abdullah el Asnag. Y en Kuwait, aunque los candidatos gubernamentales del emirato ganaron las confusas elecciones del 25 de enero, fue evidente la existencia de una enorme masa de votos para la oposición, la cual es favorable a la R. A. U., a la República del Yemen y a los núcleos de protestas de Aden.

Lo más curioso es que a pesar de la conexión estrecha que en lo oriental y lo mundial sostienen las líneas generales de Londres y Washington respecto al Yemen han venido siendo completamente diferentes. Washington y Londres quieren seguir controlando combinadamente la defensa global del «Middle East», y creen igualmente que el mayor obstáculo es el desarrollo de los regímenes nacionalistas y populistas panárabes. Sin embargo, los Estados Unidos reconocieron al Yemen republicano y «progresista» desde los primeros momentos, mientras en las fronteras de ese Yemen con las posesiones inglesas existe una constante tensión, con barreras e incidentes. Puede ser que la relativa mayor prudencia estadounidense se deba a que son norteamericanas la mayoría de las concesiones y explotaciones de petróleos árabes. Así la futura política inmediata de Washington en el conjunto del Oriente Medio (y no sólo de sus regiones árabes) habrá de esperar para intensificar o aflojar su acción directa hasta ver los resultados del Sexto Congreso Árabe del Petróleo, celebrado en Bagdad.

Lo mismo que los otros cinco anteriores, dicho Congreso (o «Conferencia») ha sido organizado bajo los auspicios de los sectores técnicos de la Secretaría de la Liga Árabe. Los congresos vienen teniendo lugar cada año en las capitales de diferentes Estados miembros de la Liga. En ellos toman parte los delegados de los Gobiernos árabes, los representantes de las compañías concesionarias extranjeras, así como otros portavoces de los institutos petrolíferos, las federaciones sindicales, etc. Hay siempre también observadores de otros países petrolíferos mundiales (entre ellos Venezuela). Pero la reunión de este marzo en Bagdad ha tenido un interés muy superior a los demás, y una de las pruebas más visibles ha sido la de que hayan asistido once representaciones de países e instituciones no árabes; es decir, un número casi equivalente al de países árabes participantes.

En cuanto a las orientaciones y al contenido, la circunstancia de mayor cambio y novedad ha sido la de que los temas técnicos-industriales y financieros han quedado en segundo lugar ante la politización actual urgente y predominante. La línea directriz de las sugerencias y las proposiciones tratadas en Bagdad ha sido proponer la elaboración de una legislación petrolífera común de los Estados de la Liga Árabe, para definir las relaciones de todos y cada uno con las compañías extranjeras de explotación. También el establecimiento de una norma común respecto a nuevas concesiones, la creación de una entidad panárabe del petróleo en el seno de la Liga (con un Instituto de investigación) y de posibles sociedades comunes de industrialización, así como el fomento de los fondos de ingreso petrolíferos que se dediquen a bonificaciones agrícolas, regadíos, planificación social, etc.

La feliz solución en beneficio de Siria del conflicto que desde diciembre de 1966 existía con la Iraq Petroleum Company ha sido políticamente considerada como un éxito para los países petrolíferos locales del Oriente Medio, pues ha demostrado que la solidaridad entre ellos no sólo sirve para resistir a las presiones de las compañías concesionarias anglosajonas e internacionales, sino que puede conseguirse mayores tantos por cientos de ingresos para aplicarlos al desarrollo colectivo de las masas humanas árabigas. Damasco ha obtenido de la Compañía I. P. C. un aumento del 50 por 100 en los derechos de tránsito; pero el mayor factor de ese éxito ha consistido en que tanto Iraq como Kuwait y el Líbano han resistido todas las presiones exteriores para que dejasen a Siria sólo en su demanda. Todos han creído que la utilización local de los petróleos árabes es un medio para ensayar mayores cooperaciones árabes constructivas en otros terrenos. Por ejemplo, en la política internacional, el hecho de que si Norteamérica y Gran Bretaña no dispusiesen de los petróleos árabes, su potencialidad mundial se vería disminuir aceleradamente.

Ahora los Estados Unidos obtienen anualmente del Oriente árabe unos 119 millones de toneladas de petróleo, junto a unos 70 Gran Bretaña, 14 Francia, 10 Holanda, etc. Pero no se trata de esas cifras tanto como de que la producción en el suelo norteamericano tiende a decrecer, mientras que la de Oriente Medio posee mayores reservas y es más barata en su obtención. La concordia entre los países de la región puede servir mejor a lo fácil de la explotación y la venta que el fomento de discordias, como la que existe respecto a los regímenes de Amman y Riyad contra los de El Cairo, Damasco y Bagdad. Una concordia con la Liga Árabe reconstruida y reapretada será más útil para las grandes potencias atlánticas, porque por debajo de los diferentes Gobiernos

orientales crece la solidaridad de masas de sus pueblos. Sobre todo después de que en Teheran falleció el doctor Mussadeq, que no era árabe, pero que encarnó en el arabismo vecino el primer impulso de un «nacionalismo nacionalizador», del que la recuperación egipcia de Suez en 1956 y el movimiento petrolífero-colectivo de Bagdad han sido lógicas continuaciones.

RODOLFO GIL MENUMEYA.

